La Sala del Trono (a Través de Los Ojos de Juan)

A medida que la última carta de Juan se desvanece en el silencio, la visión comienza a cambiar. Lo que antes se expresaba con palabras ahora toma forma en imágenes y símbolos, como si la verdad misma tuviera que verse para ser comprendida plenamente.

Pero esta no es la sala del trono del imperio. No hay oro para la gloria, ni coronas para la conquista. A través de los ojos de Juan, el poder se reimagina: no como control, sino como presencia; no como fuerza, sino como dignidad y claridad. Lo que se desarrolla no es una fantasía, sino un retorno a lo que es la santidad cuando se despojan todas las capas de dominación.

Después de enviar la última carta,
después de que la tinta se secase y la esperanza ardiera con
fuerza,
miré.

Y allí estaba:
una puerta.

Abierta,
no en la pared de mi celda,
sino en el cielo de mi alma.

Y la voz,
esa voz como un trueno,
como acero rompiéndose,

volvió a llamar.

Dijo:

«Sube aquí.

Déjame mostrarte

cómo se ve el imperio desde arriba».

Y en un abrir y cerrar de ojos,

ya no estaba enjaulado.

Ni en la carne.

Ni por el miedo.

Ni por las mentiras.

Vi un trono.

No hecho de mármol.

Ni grabado con banderas.

Un trono viviente,

que irradiaba una luz

que latía como un corazón

A su alrededor:

un arco iris de gloria y honor,

con colores que ninguna prisión podría desvanecer jamás.

Veinticuatro ancianos estaban sentados a su alrededor.

No eran pastores.

Ni sacerdotes.

Ni emperadores.

Ni reyes,

Solo hombres y mujeres,
ancianos, sabios y observadores.

Todos vestían de blanco.

Todos depositaron sus coronas
mientras la verdad se movía.

Del trono salían rayos,
no para destruir,
sino para iluminar.

Luego se oyeron voces,
como truenos.
Retumbaban todas las injusticias
que jamás se habían susurrado en una almohada.

Y ante él,
siete antorchas encendidas:
la plenitud del espíritu,
la plenitud de la visión.

Ante el trono, un mar,
pero no de agua.
Era de cristal.
Quieto.
Transparente.

•
No había nada detrás de lo que esconderse.

Y en medio del trono,
no había guardias,
ni ángeles con espadas,
sino seres que lo veían todo.

Uno parecía un oso,
con un rugido de poder en busca de justicia.

Otro era como un caballo de tiro,
con una fuerza inquebrantable.
«Santo, santo, santo
es el que era,
el que es y
el que viene».

Uno era como un hombre,
que encarnaba la humanidad,

imperfecta y aún así sagrada.

Uno era como un águila,
con una visión
que se elevaba más allá de lo visible.

No dejaban de clamar.
No adoraban por miedo.
Cantaban,
una y otra vez,
diciendo:
«A lo que es real.
A lo que siempre ha sido real.
Lo que siempre será real»”

Y cuando le dieron gloria,
los ancianos no aplaudieron.

No asintieron con la cabeza.

Cayeron
y se quitaron las coronas.

Porque en presencia de algo tan puro,
los títulos no significan nada.